

Nunca tuvo necesidad de orientar su conducta en esta tempestad perpetua de la política española. Llevaba en sí el rumbo y las tablas de navegación. Los ignorantes le odiaban y decían: "Es ininteligible." Los logreros sentenciaban pomposamente: "Es un metafísico." Los mismos que le admiraban, que no tenían otro remedio que llamarle jefe, murmuraban: "No es un político." En la banda de los canallas de los ojos bajos se decía: "Es un visionario." La muchedumbre, que en España, por ineducación y flamenquismo, es ejecutiva y sumarísima, se alejaba de él, siguiendo a los loros, los sapos, las cotorras y las marionetas; cuando estas alimañas la conducían al desastre, volvía a Salmerón. Mientras tuvo esperanza perdonó siempre. Un día, en 1897, perdida su fe en la raza maldita, que es del último que llega, como sus mujeres, la fustigó siniestramente y sobre los verdugones que levantó no ha vuelto a nacer la piel.

Su cráneo maravilla: es poderoso, cuadrado, hermosísimo. El espíritu se hincha en los ojos, que salen de las órbitas ansiosos de observación. Los mismos ojos tuvo Sagasta; pero el rayo de luz de sus ojos era cobarde, tortuoso, lleno de malicia e ironía. La expresión salmeroniana es franca, dura, legal, fija. Disgusta observarla, porque parece negada a la bondad y al perdón; mas en esa mirada inexorable brilla el genio de la idea hecha cifra. Es implacable con lo que debe ser implacable. ¿Con los demás? No; consigo mismo. Esos ojos tienen el estrabismo de los grandes pensadores: miran hacia dentro. Quien los cree tener puestos en su persona, se equivoca. Es como si la pupila se ladeara o poseyera el iris una franja cristalina en bisel, y la cosa observada pasara al espíritu por una puerta entornada, de través. Los órganos de los sentidos acusan su gran capacidad asimiladora. Su frente es divina, científica, in-

mensa: hace recordar la frase de Hugo: "Mucha frente en una cara es mucho cielo en un horizonte." El pensamiento aró esa frente horizontal y verticalmente. La bóveda del cráneo es de una perfección absoluta: no se echa atrás a costa del cerebelo, no abomba el cráneo, se yergue sobre la calavera cuadrada con una majestad imponente de santuario oriental. Lo que se guarda bajo tal cúpula es por necesidad bueno, bello y verdadero.

Además de esto, fue un artista; supo expresar lo que sentía. Su instrumento fue la palabra. Habló como escribió: esto es excepcional; en España, un asombro, un nuevo milagro. Sus discursos tienen la sencillez sublime de la verdad soberanamente dicha, sostenida y preconizada. Su lenguaje es el de un apóstol, el de un humanitario, el del mártir. Unió tan bien la sabiduría a la fe, que si ésta es creer lo que no se ve, la suya era ver lo que no se creía. Tuvo el don de la videncia, que, como todos los dones, era producto adelantado y expreso de un hondo y detenido cálculo interior. La complejidad hegeliana, las formas krausistas, el desenvolvimiento rígido, inflexible de su pensamiento, alarmaban. Leerle es oírle. Sabía lo que hablaba, lo había vivido. No lo sentía, no. Sentir lo que se dice es de un mérito inferior a saber lo que se dice. La mayor parte de los sapos de la política española han sentido lo que decían; pero su ciencia ha sido poca, escasa, de tercer orden. Salmerón luchó con sapos. Los gigantes de su tiempo eran tan altos, que mientras tenían la cabeza en la luna y hablaban a gritos de lo que allí sucedía, obraban en España con los pies y arreglaban los sucesos a patadas. En aquellos tiempos ocurrían profundas revoluciones en el pensamiento universal, y nadie se enteraba; la prueba es que el mismo Castelar, vencedor ya Wagner, se "andaba en Donizetti y Bellini." En aquellos tiempos